



VII

Un gran número de testigos: de San Francisco a San Pío

Del Evangelio según Lucas (10,17-24)

En aquel tiempo, los setenta y dos volvieron y le dijeron llenos de gozo: «Señor, hasta los demonios se nos someten en tu Nombre». El les dijo: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. Les he dado poder de caminar sobre serpientes y escorpiones y para vencer todas las fuerzas del enemigo; y nada podrá dañarlos. No se alegren, sin embargo, de que los espíritus se les sometan; alégrese más bien de que sus nombres estén escritos en el cielo». En aquel momento Jesús se estremeció de gozo, movido por el Espíritu Santo, y dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido.

Todo me ha sido dado por mi Padre, y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, como nadie sabe quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar». Después, volviéndose hacia sus discípulos, Jesús les dijo a ellos solos: «¡Felices los ojos que ven lo que ustedes ven! ¡Les aseguro que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes ven y no lo vieron, oír lo que ustedes oyen y no lo oyeron!».

En el relato de Lucas percibimos toda la euforia de una comunidad cristiana que ve extenderse el anuncio del Evangelio y descubre cada día el gran poder de la Palabra para vencer al mal: "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo". El creyente sabe mirar el signo, sin apropiarse de él, sin pensar en tener respuestas preparadas, no se regocija por una palabra o por un poder que no es el suyo, sino porque se siente partícipe en primera persona de la venida del Reino: "alégrese más bien de que sus nombres estén escritos en el cielo".

La siguiente oración de Jesús, llena de júbilo y alegría, va en esta dirección, y de alguna manera indica una condición para ser verdaderos discípulos de Cristo: hacerse pequeños. La elección de sentirnos "pequeños" ante los dones, la palabra y los acontecimientos de nuestra vida espiritual nos pone en condiciones de dejar resplandecer plenamente la obra de Dios. Sentirse pequeños y últimos es una fortaleza y sabiduría que compete a todas las funciones y personas de vida eclesial.

Si miramos el mundo de nuestros Grupos (pero esto no se aplica sólo a los Grupos) parece que en lugar de volvernos "pequeños", según el Evangelio, nos hacemos "mezquinos" en la defensa de posiciones de poder, oficios, puntos de vista y así sucesivamente. El Padre Pío sigue el modelo de su fundador San Francisco de Asís al sentirse y situarse entre "los pequeños del Evangelio". A San Francisco y San Pío se suma la figura de un santo laico del siglo XVI: San Girolamo Emiliani; todos pequeños por el Evangelio, todos últimos entre los últimos para reformar la Iglesia y hacer triunfar el Reino de Dios en la tierra.



De una carta de Padre Pio a Graziella Pannullo (Ep. III)

Espero que no esté lejano el día en que gocéis del gozo del paraíso, llevándoos a Asís, ciudad enteramente franciscana, monumento que habla del gran amor y de la infinita caridad del Santo Padre San Francisco. Sí, espero oírte un día no muy lejano postrado, allí, en el pequeño templo devoto de la Santa Porciúncula, ennegrecido por el ala de los templos, donde a través de siete siglos de religiosa admiración, los besos de los penitentes han alisado, como narra el buen admirador de la obra franciscana doña Henrion, como el mármol y el alabastro las toscas paredes, ¡cómo late el corazón del peregrino atento que allí se detiene a orar con fervor! Cada ladrillo oscuro cuenta la historia de mil y mil almas, que en confiado abandono han puesto sobre él la cabeza de la angustia de la vida.

El peregrino se arrodilla allí instintivamente y en el silencio divino, siente como una dulcísima bendición se cierne sobre él, y la oración infinita y dulce resuena y pasa por los siglos y pasará por los siglos, ardiente de amor de los santos, holocaustos de puras víctimas, lágrimas de redimidos. ¡Oh! cuán grande, cuán dulce es en la Iglesia de Jesús, el divino dogma de la comunión de los santos. Esta es verdaderamente la puerta a la vida eterna. Como está escrito en el frente del pequeño templo devoto de la Porziuncola.

Último entre los últimos

Cualquiera que haya conocido al Padre Pío sabe que tenía la sensibilidad de un niño. Cuenta el padre Carmelo que una vez -como era costumbre en la víspera de su onomástico- dos frailes comieron de rodillas en el refectorio. El Padre Pío le dijo más tarde: «Si tienes que dejarme presenciar estas cosas, por favor dispénsame de bajar a comer». El superior le explicó: «Pero son nuestras costumbres». Y el Padre Pío: «Tienes razón, pero cuando veo sufrir a los frailes, se me cierra el estómago».

Esa sensibilidad lo llevó a no hacerse preguntas: el último era último y basta, no tenía que ocupar ese puesto, había que ayudarlo, aliviarlo de alguna manera. Releamos en este comportamiento los gestos y las palabras de dos grandes personajes que llevan el mismo nombre que él: San Francisco y el Papa Francisco. Padre Pío, recordamos que antes de ser fraile se llamaba Francesco, sigue los pasos de su fundador mirando en la historia de cada hombre, cuál fue la humillación y la soledad de Cristo.

El joven Francesco, que se convirtió en fr. Pío, medita con frecuencia sobre las humillaciones y los sufrimientos de Jesús, lo siente amigo, aprende a "tomar su defensa", y se deja involucrar hasta el punto de que la suya se convierte en una *com-pasión*, es decir, en un deseo de sufrir por él y con él. Mirar a Jesús en la cruz le hace llorar, al punto que sus compañeros se dan cuenta de todo esto y, quizás, hasta se burlan de ello, tanto que él - cuando reza de rodillas- pone un pañuelo en el suelo, para recoger esas lágrimas tan numerosas.

Con profunda delicadeza, el Señor lo estaba involucrando en algo más íntimo y profundo, en un camino de asimilación que lo habría llevado a sufrir junto con Jesús. La gran prueba tendrá lugar cuando el joven fraile será llamado en primera persona y revestido del hábito.

De hecho, a medida que se acercaba la fecha de su ordenación sacerdotal, comenzó a sentirse mal de salud, las fiebres eran frecuentes y también los dolores y problemas



pulmonares. En más de una ocasión los superiores llamaron a su padre para que lo llevara de vuelta a su pueblo, para que respirara un poco de aire nativo, como decían entonces.

Lo volvemos a encontrar en Pietrelcina, a principios de 1910, cuando el ministro provincial, padre Benedetto da San Marco in Lamis, le escribe para autorizarlo a quedarse todo el tiempo que necesite en su pueblo: «Querido Fra Pío, si experimenta una mejoría notable de su salud respirando el aire patrio, continúe quedándose allí, rogando al buen Dios que al menos le quiera hacer apto para estudiar un poco y hacer lo necesario para la promoción al sacerdocio, según las últimas prescripciones» (*Ep. I*). A partir de ese momento, aquel fraile lleno de sueños y esperanzas se convirtió en una persona aislada, relegada a su país por una enfermedad sobre la que todo se sospechaba: unos pensaban que era tuberculoso, otros que buscaba una excusa para no volver al convento. En algunas cartas confiesa su desánimo, siguió a Jesús, llegó a ser el último como él. En las palabras de un éxtasis vivido en Venafro, captamos todo su desánimo: «San Francesco, sácame de tu orden».

Un recorrido por la vida del Padre Pío nos ayuda a comprender que en el fondo esta es una escuela a través de la cual se prepara y se siente último, aislado e incomprendido a lo largo de su vida. Esta será la participación en la vida de Jesús, pero este será también el estilo que el Señor le dará a su vida: estar siempre del lado de los últimos y de los pequeños, que se asemejan a él y con él se asemejan a Cristo.

Los mismos sentimientos que fueron de Cristo Jesús

San Pablo invita a los cristianos a meditar en la generosidad de Cristo, a tener los mismos sentimientos que él: «Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús. El, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz» (*Fil 2, 5-8*).

El Padre Pío no hace oraciones misteriosas ni utiliza fórmulas excepcionales, lo que lo hace diferente es la capacidad de recorrer la propia existencia tratando de sentir con Jesús, es decir, tener su misma capacidad de escuchar la voz del Padre, distinguiéndola entre las muchas voces que conducen al desaliento o empujan hacia una felicidad alternativa y ocasional.

En la escuela de san Francisco, el discípulo repite con él "Dios mío, mi todo", y comparte con Cristo el sentido que da a su existencia: dar la vida por sus hermanos.

No es fácil orientar la vida, las emociones y los deseos hacia este ideal, por eso la oración del Padre Pío se convierte en una búsqueda continua de fidelidad y obediencia, que pone en el centro la meditación de su pasión. Así se desarrolla en él un amor total, profundo y generoso, que no mide tiempos ni espacios; su única meta es tener los mismos sentimientos que tuvo Jesús: él también dio su vida por sus hermanos.

No es fácil orientar la vida, las emociones y los deseos hacia este ideal, por eso la oración del Padre Pío se convierte en una búsqueda continua de fidelidad y obediencia, que pone en el centro la meditación de su pasión. Así se desarrolla en él un amor total, profundo y generoso, que no mide tiempos ni espacios; su única meta es tener los mismos sentimientos que tuvo Jesús: él también dio su vida por sus hermanos.

Consciente de la importancia de meditar la pasión de Cristo, el Padre Pío difundió especialmente el piadoso ejercicio del Vía Crucis. Recientemente, a las catorce estaciones alguien ha añadido la de la resurrección, otros han cambiado alguna o el número. Todos



podrán seguir este piadoso ejercicio según crean, lo importante es permanecer en el clima de *com-pasión* con Cristo que no es un grito estéril, sino dejarse envolver en su pasión por el hombre. El Papa escribe: «... la mejor manera de discernir si nuestro camino de oración es auténtico será observar en qué medida nuestra vida se va transformando a la luz de la misericordia» (GE n 105).

Insertada en su contexto, la afirmación del pontífice es fundamental para nuestros Grupos de Oración, porque la Exhortación *Gaudete et exultate* da gran importancia al compromiso social y caritativo, recordando al mismo tiempo que cuando los cristianos "separan estas exigencias del Evangelio de la relación personal con el Señor... el cristianismo se transforma en una especie de ONG, privándolo de esa luminosa espiritualidad que tan bien vivieron y manifestaron san Francisco de Asís, san Vicente de Paúl, santa Teresa de Calcuta y tantos otros» (GE n 100).

Nuestros Grupos de Oración están llamados a ser conscientes: en su carisma ya está escrita esta profunda complementariedad entre la *com-pasión* por Cristo que nace de la oración y la *com-pasión* por el hermano que es obra evangélica y fruto del contacto continuo con la espiritualidad de Padre Pío.

La espiritualidad de los Grupos de Oración es la del Padre Pío y está enraizada en una gran dosis de humildad; probablemente deberíamos dar testimonio en lugar de actuar, tal vez no tendremos una ganancia personal, pero seríamos la Iglesia, una semilla esparcida en el suelo de Dios, una semilla de mostaza que puede convertirse en un árbol. El Padre Pío nos espera en este camino y sin duda nos bendecirá.

La fatiga de la santidad

Aunque el joven Francesco Forgione había decidido firmemente hacerse fraile capuchino, la separación de la familia y la rígida disciplina del noviciado no eran cosas fáciles de afrontar para un chico de quince años y sus compañeros.

Según la historia del padre Raffaele, uno de sus compañeros de noviciado que luego se hizo sacerdote, fr. Anastasio da Roio, en un momento casi había decidido volver a casa, y se lo confió a su hermano, quien respondió con esa sencillez que acompañó al Padre Pío durante toda su vida: «Poco a poco, con la ayuda de Nuestra Señora y de San Francisco, también nosotros nos acostumbraremos como los demás; acaso todos estos que están en el convento y otros no eran como nosotros? Nadie nace monje».

Hermano de cada uno de nosotros

Francesco era su nombre de bautismo y, del Seráfico Padre, fue desde su entrada en el convento, un digno seguidor, en pobreza, castidad y obediencia. Practicó la regla de los capuchinos en todo su rigor, abrazando generosamente la vida de penitencia. No le agradaba el dolor, sino que lo eligió como vía de expiación y purificación. Como el Pobrecillo de Asís, aspiraba a la conformidad con Jesucristo, deseando sólo "amar y sufrir", para ayudar al Señor en la obra fatigosa y exigente de la salvación. En la obediencia "firme, constante y férrea" (Ep. I) encontró su más alta expresión su amor incondicional a Dios y a la Iglesia.

Qué consuelo sentir a Padre Pío junto a nosotros, que simplemente quiso ser "un fraile pobre que reza": hermano de Cristo, hermano de Francisco, hermano de los que sufren, hermano de cada uno de nosotros. ¡Que su ayuda nos guíe por el camino del Evangelio y nos haga cada vez más generosos en el seguimiento de Cristo! (*JUAN PABLO II, Discurso a los peregrinos reunidos para la beatificación del Padre Pío de Pietrelcina, 3 de mayo de 1999*).